

CELESTINESCA

Federico Romero. CALISTO Y MELIBEA. Tragicomedia en verso, en tres actos, basada en la clásica obra de Fernando de Rojas. Con un prólogo de F. C. Sainz de Robles. Madrid: Herederos de Federico Romero, 1983.

El nombre de Federico Romero ya es conocido de la familia celestinesca por su estudio Salamanca, teatro de "La Celestina", en el que defendía la localización de la obra de Rojas en aquel escenario castellano. Sin embargo, su versión teatral parece haber estado condenada al olvido desde su composición--firmada por el autor el 27 de septiembre de 1957--hasta que, cuatro años atrás, su familia se decidió a darla a conocer. Se trata de una composición en verso concebida para ser musicada--Romero fue también compositor de numerosas zarzuelas y operetas--, aunque los dos intentos conocidos orientados a tal fin nunca llegaron a cumplirse: el primero, animado por el propio Romero, de Oscar Esplá en los últimos años de los cincuenta, y el segundo de Moreno Torroba, a instancias de Federico Carlos Sainz de Robles--amigo del autor y firmante del pequeño prólogo que presenta la edición que comentamos--a principios de los ochenta.

Adaptar la Celestina al escenario siempre ha supuesto una empresa problemática; la necesidad que tantos dramaturgos han señalado de "reducir" el texto original plantea serias dificultades: ¿qué resumir?, ¿qué es "eliminable" sin dañar el sentido esencial?, ¿cuál es, a fin de cuentas, esa "esencia"? El más simple repaso a la inmensa literatura celestinesca nos muestra la imposibilidad de una única respuesta, y esto hace que cada versión sea una interpretación--necesaria e imprescindiblemente parcial, histórica--que, iluminando determinados aspectos que el dramaturgo-lector considera capitales, deja otros en la oscuridad. El interés de analizar una versión no reside, pues, en lamentar lo perdido, lo que no está, la carencia, sino en participar de esa mirada diferente.

Federico Romero toma como punto de partida la Comedia de 16 actos, distribuyéndola en tres actos para la escena. Desde el punto de vista escenográfico es de destacar la distribución espacial: el huerto y la torre de Melibea, la casa de Calisto y la casa de Celestina configuran los tres espacios de la representación, y cada uno muestra una disposición vertical y tiene su parte superior y su parte inferior:

En una parte, se ve el huerto y la torre de Melibea. En otra, la casa de Calisto con un aposento bajo y una cámara alta en la que habrá un lecho. En una tercera, la casa de Celestina, con una planta baja, donde hay un hogar, una mesa y diversos utensilios, y otra cámara alta a modo de desván, con un catre. (17)

Elemento importante es también la existencia de un coro. Romero ha introducido un público dentro de la propia obra, de modo que el proscenio estaría ocupado por una selección representativa de la sociedad: damas, letrados y caballeros, estudiantes, soldados, mozas, viejas y villanos, todos compondrán un coro al que Romero ha atribuido

CELESTINESCA

la función de ejercer la voz moralizadora que proclama los peligros del amor ilícito. Aunque existe en el reparto un Pleberio, éste no pasa de ser un padre casi anónimo que sólo se nos hace presente al final para presenciar el suicidio de su hija y recoger su cuerpo; de hecho, el acto final de Rojas, el lamento de Pleberio, es aquí transmutado en un conjunto de intervenciones corales que, generalmente al final de cada escena, se encargan de lamentar la perdición de los protagonistas por obra del juego del amor: "¡Amor, amor, amor: / simiente de la vida, / guadaña de su flor!" son palabras que prácticamente abren y cierran la obra y que, en mi opinión, manifiestan una lectura claramente moralizante.

La primera imagen que el público tiene del escenario muestra a una Melibea virginal que recoge flores mientras sus padres se entregan al rezo y la meditación, una "dichosa, venturosa familia castellana." Y ese coro diverso que en el prólogo parece prepararnos metadramáticamente para una multiplicidad de perspectivas de los sucesos--diferentes percepciones acordes con sus respectivos estratos sociales--se unifica en una sola voz que anunciará repetidamente la desdicha trágica que acecha al amor blasfemo y pecaminoso, el amor que se cobija en la oscuridad de la noche y en el engaño de la tercera.

Si la introducción de un coro constituye un elemento importante a la hora de entender la luz que Romero quiere proyectar sobre el original de Rojas, resulta interesante asimismo apreciar otras adiciones que tienen lugar en esta versión, porque es de notar que la adaptación que comentamos no sólo muestra carencias--que desde un principio admitimos como necesarias--, sino también nuevas presencias. Algunas de ellas son de especial relevancia y merecen un comentario en estas líneas, pues afectan a la caracterización de personajes claves como Melibea y Celestina.

Tras el ya mencionado Prólogo, el acto primero se abre con la escena en el huerto de Melibea, mas no se inicia con las palabras de Calisto: antes de que éste tenga oportunidad de alabar la belleza de Melibea, la joven lo ve saltar la tapia del huerto en busca de su halcón, tiene conocimiento de su nombre por boca de Lucrecia, y es víctima de la turbación suscitada por la presencia masculina:

¡Calisto! Si es un hombre,
semeja ángel del cielo.
A fe no se vería
Narciso tan perfecto
mirándose en la fuente
que hacía claro espejo.
¡Qué turbación me agita
y qué estremecimiento!
Diríase que un áspid
mordido ha mi pecho. (23)

Inmediatamente después tiene lugar el diálogo entre los futuros amantes, que Romero versifica con bastante fidelidad al original. Pero, una vez rechazado Calisto por la furia de Melibea, ésta nos manifiesta su oculto estado de ánimo:

CELESTINESCA

(Vase Calisto. Apenas Melibea
cierra el postigo, llévase las
manos al pecho y se dirige al interior)

MELIBEA: ¡A qué extremado tormento
me obliga la honestidad!
No sé cuál fuere su intento,
mas sí cuál es mi ansiedad. (25)

Esta es, sin lugar a dudas, una Melibea enamorada. La ambigüedad del original, que en mi opinión arraiga en una lucha inconsciente dentro del personaje, se vierte aquí en un conflicto consciente entre la virgen vencida por la pasión y la doncella obligada al recato por su honra. Sin duda que gran parte de la crítica celestinesca estaría conforme con esta Melibea fiel a su rol social (tal será, al fin y al cabo, la visión de Lida de Malkiel en su La originalidad artística de 'LC' [1962]), y Romero centra ahí la caracterización de su Melibea hasta tal punto que, en la escena final de la obra, el suicidio de la joven enamorada no estará motivado por la imposibilidad de vivir una existencia sin el amor de Calisto, sino por un acentuado sentimiento de culpa por la pérdida de la honestidad:

Vosotros, padres míos,
no sois merecedores
de soportar mis locos extravíos.
¡El vuestro es el mayor de mis dolores!
Penada de por vida,
mi honra mancillada,
antes que de vosotros maldecida,
mejor seré llorada. (96)

Esta no es la Melibea de Rojas. La caracterización de Romero es menos compleja psicológicamente, pero acorde con su lectura moral de Celestina: vencida la joven por el amor pasional, su falta no puede menos que ser castigada con la maldición y la muerte.

Por último, consideremos el personaje de Celestina. Hay en esta versión dos adiciones relevantes que no estaban en Rojas, al menos de un modo explícito. La primera tiene lugar en el acto primero: Celestina acaba de regresar a su casa tras recibir las cien monedas de oro que Calisto adelanta para lograr a Melibea, y envía a Lucrecia en busca de los diversos ingredientes para el conjuro a Plutón; sola unos instantes, se nos convierte en imagen vívida de la codicia:

(Celestina vuelca la bolsa y cuenta las
monedas, las besa, las revuelve y manosea.
Por último, las guarda, escondiendo la bolsa
en oculto y disimulado hueco del suelo)

CELESTINA: ¡Pura luz del puro oro,
faro claro de mi puerto!
¡Oh, becerro a quien adoro
en mi bíblico desierto!

CELESTINESCA

¡Oh, luceros esplendentes
en mi noche tenebrosa!
¡Oh, sublimes ingredientes
de la dicha deleitosa! (42)

Y el canto al dinero se prolonga algunos versos más. Es una Celestina marcadamente avariciosa ésta de Romero, y junto a ésto el autor ha querido también hacer manifiesta su malignidad casi infernal: no sólo se recoge con suma fidelidad la escena del conjuro, sino que--en un "a modo de intermedio fantástico" (88)--hará una aparición espectral en el tercer acto, irrumpiendo en escena cuando Calisto y Melibea están a punto de consumir su amor en el huerto, para maldecir el amor que ella misma ha facilitado:

¡Calisto... Melibea...
causantes de mi ruina:
soy yo, la condenada Celestina!
¡Castísima doncella,
purísimo garzón:
que el hado os atribuya
la pena del talión! (90)

Cabe decir que Federico Romero ha realizado una lectura efectista de la Celestina, vertiéndola en una tragedia de la perdición generada por el amor, una tragedia en la que el empeño moralizante, la continua anunciación de la disolución final, provoca una caracterización unilateral de los personajes que hace que la perspectiva que propone nos parezca falta de relieve. No podemos criticar que Romero no haya logrado alcanzar la genialidad de Rojas; pero, como lectores, tras reconocer la habilidad dramática de su verso, sentimos que las páginas de su versión no despierten por sus personajes algo de aquel amor que Rojas nos transmite.

University of Georgia

MARIO SANTANA

LA CELESTINA. Adapted for intermediate students. Marcel C. Andrade. Lincolnwood, Illinois: National Textbook Company, 1987. 48 p. Ilustrado.

Recrear la Celestina con el propósito de aproximar un texto clásico a un público formado por estudiantes de español de nivel intermedio presenta problemas muy concretos. Entre ellos dos son, sin duda, un desafío: la extensión de la obra y la capacidad lingüística de los lectores. La adaptación de la Comedia de Calisto y Melibea en 16 actos que aquí comentamos es fruto de una reflexión sobre ellos y, por lo tanto, fruto de una serie de decisiones. La primera decisión--la de mayor consecuencia--viene dada por la misma definición de propósitos: presentar un texto de gran sencillez lingüística y argumental que permita una lectura adecuada y asequible al público al que va dirigida.